
10. EMERGENCIA DEL MUNDO MODERNO: LA RUPTURA DE UN PARADIGMA

*Miguel Ángel Niño Uribe**

El mundo actual se encuentra en un proceso de profundas transformaciones. Las sociedades contemporáneas están experimentando cambios en todos los órdenes. Advertimos que el mundo de hoy está siendo diferente al mundo de ayer. Los cambios que ocurren se dan en las distintas esferas de la vida pública: cambios en las relaciones sociales de producción, en los estatutos de comportamiento, en las formas de vida, en las concepciones éticas, en las visiones del mundo, en las formas de apropiación o de producción de saberes. Los procesos de formación no escapan de esta lógica de cambios, como tampoco los comportamientos de índole religiosa. Las instituciones como la escuela, el Estado, incluso la familia, también están experimentando mutaciones en relación con su proyecto original. Asistimos a la inauguración de nuevas lógicas, de nuevas realidades. Pero también coexisten prácticas y relaciones que pertenecen a un pasado, cuya vigencia duró siglos, y aún se resisten a desaparecer. No hay sociedad alguna que no mezcle elementos del

* Licenciado en Pedagogía por la UNAM y profesor del Cuerpo Académico Estudios sobre Teoría Pedagógica de la UPN.

presente con el pasado y los proyecte al futuro. Lo cual permite percibir, al mismo tiempo, procesos de transición entre un mundo que está muriendo y otro que está naciendo.

Las distintas lógicas que coexisten en nuestras sociedades contemporáneas también permiten advertir el carácter paradójico de las distintas realidades. De ahí que, todo proceso histórico y social sea contradictorio.

Es necesario hacer un esfuerzo de lucidez, de claridad, para advertir lo que está pasando. Comprender nuestro presente en el plano de lo general, requiere de un esfuerzo que permita captar con una visión de conjunto las grandes mutaciones históricas. Al mismo tiempo, tenemos la sensación de que estamos instalados en una crisis generalizada: económica, política, educativa; de valores, de paradigmas y de civilización. ¿Por qué crisis? Cada época vive la experiencia de iniciar una nueva lógica en contraposición a la anterior, de superar un pasado que de algún modo se niega y que en los hechos ha tenido una vigencia, un esplendor, un “auge”, cuya duración es variable. Tal es el caso de la era moderna que niega el régimen que la precede: el estatuto que rige las sociedades medievales.

Pero los cambios no operan de manera abrupta. Implican procesos de gestación de nuevas lógicas, o al menos de distintos comportamientos que devienen a su vez de procesos de cambio en las racionalidades; esto es, de las formas de ver o de concebir el mundo, el hombre, la vida. La era moderna, también identificada como modernidad, tiene su origen, en cierto sentido, en el movimiento cultural europeo denominado Renacimiento, el cual abarca, *grosso modo*, de mediados del siglo XIV a finales del siglo XVI. (Garin *et al.*, 1993, p. 11). Éste fue un movimiento de creación, de invención y descubrimiento del hombre. Los hombres del Renacimiento sustentaron su creencia en la razón y en la democracia. “El mundo fundamentado en el conocimiento científico y humanista; así como en la idea de tolerancia de las ideas, para construir si no una sociedad perfecta, sí una profundamente racional” (Careaga, 1988, p. 11). Es el tiempo en donde el hombre expresa su conocimiento y su razón para

transformar el mundo. El Renacimiento también fincaría un obsesivo discurso sobre la dignidad del hombre, desde un punto de vista laico, así como un culto a la razón, la unidad de la verdad, el humor y la ironía. El hombre como centro de todas las cosas, como punto de partida de toda reflexión moral, económica y política. El estudio de la cultura clásica grecolatina, así como el conocimiento y la razón, se expandió en toda Europa, particularmente en Italia.¹ Esta forma de pensamiento fue delineándose y cobrando fuerza: el pensamiento moderno (Campillo, 1985, cap. 1). Esto no quiere decir que la forma anterior, es decir, la antigua forma de pensamiento haya desaparecido del todo. Ambas maneras de pensar coexisten durante toda la época, las cuales se enfrentan entre sí. Al respecto Luis Villoro afirma:

al principio es aún la antigua visión del mundo la que da carácter a la sociedad y sólo en unos cuantos espíritus se expresa el nuevo pensamiento. Pero es este último el que está preñado de futuro, es él [*sic.*] el que termina dando su especificidad a la nueva época (Villoro, 2010, p. 8).

Ahora bien, ¿qué rasgos específicos pueden distinguirse en el proceso de conformación del pensamiento moderno? Ya se han señalado algunos aspectos que marcan la diferencia con los rasgos del periodo histórico que les precede). Para continuar con esta caracterización podemos decir que el hombre moderno va configurando un nuevo perfil: va asumiendo una actitud de rechazo frente a los dogmas religiosos; va desarrollando un interés, un afán por dominar la naturaleza. Se entroniza el culto a la individualidad, a las proezas personales y a la posibilidad de trascendencia a través del hacer (Careaga, 1988, p. 12). Emerge en forma vehemente su pasión

¹ Cabe aclarar que este movimiento, como otros que han ocurrido en la experiencia histórica, al menos en el mundo occidental, se desarrolló de una manera desigual y con distintas intensidades en las sociedades europeas. En algunas de ellas no se tiene noticia de que este movimiento cultural haya cristalizado como en otras.

por la ciencia, en otras palabras, se genera un desprendimiento o desplazamiento de la mentalidad religiosa y una tendencia a desarrollar el espíritu científico, el cual se va imponiendo hasta el grado de marcar cada vez con mayor fuerza la conciencia del hombre común. El hombre civilizado se inclina por su por su apego al razonamiento correcto, a la información exacta, a la prueba bien hecha. Se vuelve capaz de distinguir a primera vista lo que está válidamente establecido y lo que no está (discriminación entre la afirmación, la demostración, lo posible, lo plausible, lo hipotético y lo mítico). Experimenta un malestar humillante al emplear él mismo un mal argumento. Su preocupación por la calidad intelectual tiende a confundirse con la preocupación por la propia dignidad (Serge, 1984, pp. 27 y 28).

Es probable que la era de la razón empezara cuando:

Newton postuló sus principios. Esa fue una época obsesionada por la racionalidad y las comprobaciones científicas, en donde las ideas y las teorías son el resultado de la experiencia y la investigación, y no ya producto de un espíritu por encima de los hombres (Careaga, 1988, p. 12).

Un triple acontecimiento contribuyó a la transformación del mundo medieval de occidente: el advenimiento de la burguesía, la revolución técnica permanente y la aparición y el desarrollo de las ciencias experimentales. Por primera vez en la historia, la función de la inteligencia se vuelve indispensable dentro de una sociedad dinámica. Ya no hay nada determinado ni fijo; los procedimientos industriales, las instituciones políticas y las ideologías cambian profundamente. Este dinamismo impone al hombre común una noción nueva de la vida, llena de optimismo creador: la noción de progreso. Ésta asociada con la fe en el hombre. El significado de la palabra progreso implica la crítica de la realidad presente considerada como provisional, susceptible de mejorarla, destinada a sufrir trastornos de los que sólo queda excluida la decadencia. Si intentásemos definir la conciencia clara del hombre moderno, la veríamos

caracterizada por la noción progreso, el pensamiento racional (es decir experimental, científico) y por una concepción aún incierta y variable de la dignidad del hombre, sea quien sea.

En otras palabras, el germen de la Edad Moderna o modernidad, comienza con la pregunta sobre las cosas mismas, la cosa real, la cosa en sí. No bastaba ya la ciencia libresca de Tomás de Aquino y todo el medievo. Las preguntas por las cosas reales, de una u otra forma, instauraban el verdadero sitio en que nacería el nuevo pensamiento: la modernidad. La Ilustración comenzó a estudiar la condición humana aplicando principios científicos. Hizo del ser humano el centro de su reflexión. Consideró a la razón como instrumento crítico de las diversas instituciones sociales para adecuarlas a la naturaleza básica del hombre.

La modernidad funda la exaltación de la razón humana y la idea del sujeto, lleva a la secularización definitiva de la ciencia de Galileo y de Newton, así como a la inspiración de la Revolución Francesa cuyo movimiento descansa en las ideas de libertad, igualdad y fraternidad. La modernidad hace culto a la razón, el instrumento regulador de la sociedad. El vencer y desterrar los mitos y dogmas del paradigma teológico medieval es la línea de acción que la razón instrumental debe seguir. Con la modernidad nace la instauración de los grandes relatos de las ciencias sociales (Lyotard, 1984; Vattimo, 1994), las “buenas promesas”: el marxismo, el funcionalismo, el estructuralismo. Por otra parte, el liberalismo, la ciencia y la tecnología como portadoras del anhelado desarrollo y progreso.² Se persiguen los sueños, las utopías. Por tanto, la modernidad sienta las bases –epistemológicamente positivas y éticas– para lo que va a ser el mundo en los tiempos por venir.

“No se escapa” –en apariencia– ningún elemento de la sociedad que no haya sido tocado por las reformas modernistas: desde la política, hasta el arte, pasando por la dimensión de lo socioeconómico, hasta lo más “inverosímil” de la existencia humana. En definitiva, la

² El progreso, visto como la categoría central del pensamiento moderno.

modernidad marca el fin del “oscurantismo”, la filosofía libresca (la teología) de la Edad Media. Sin embargo, la modernidad no supo dirigir eficientemente su brújula hacia los objetivos que se había planteado. Comenzó la exaltación de la razón, de lo posible, encumbró al hombre, lo entronizó. La carrera desenfrenada por el “desarrollo” acompañada por la idea de “progreso”. Hoy se proclama la muerte del hombre. Nietzsche lo hizo con Dios (Miller, 1995, p. 212). En definitiva, la razón moderna instaaura también la muerte del sujeto y da paso al “mundo del objeto”.

Las promesas modernas terminaron atrofiando “el gran proyecto”. La democracia representativa terminó con la participación real de los actores. Las “famosas” ideas de las ciencias sociales, particularmente de la sociología, acabaron con el sueño del hombre, lo despersonalizaron.

La ciencia y la técnica modificaron los planes. La modernidad de tanto proclamar la objetivación de las ciencias acabó con ella misma. Pues la modernidad no sólo implica el nacimiento de un nuevo esquema lógico de pensamiento, sino que también lleva consigo el ocaso de dicho esquema. Hoy, se reconoce la pérdida de sentido del proyecto moderno. No obstante, el poder dominante permanece intacto. Según Lipovetsky (1986) Se han cambiado los esquemas de pensamiento, la forma de concebir el mundo y el hombre, la cultura, la economía y la sociedad; pero quienes la ejercen no. La misma modernidad anuncia su fin y éste, lo vendrá a instaurar después de ella: la posmodernidad “vacía”.

La modernidad, por medio de la “ciencia” y la “técnica” pretendió exaltar al hombre. Le ofreció total dominio sobre el poder de la naturaleza y, de algún modo, “lo liberó” de esa onerosa tiranía. Sin embargo, el hombre al liberarse de ella cae y crea nuevas dependencias (tecnocracias, burocracias) que van en detrimento de él mismo.

El ideal de hombre que en un principio proclamó la modernidad “murió sin ser concebido”. Se quería fundar “la edad del sujeto”, pero se terminó por instaurar el “reino del objeto” (utilitarismo, pragmatismo, entre otras formas de expresión). La cuestión del

sujeto, su interés, su significancia y alcance, de algún modo se pierden en la modernidad. Frente a un mundo tecnificado y científicado, el asunto por el hombre pierde importancia.

El afán de la modernidad por la objetivación del mundo acabó por hundir la utopía del hombre, el ideal de democracia terminó por reducirlo a un simple voto, cosificándolo hasta reducirlo a lo que es: una promesa. Con la muerte de los grandes relatos, proclamada por posmodernos, se declara aunque se piense otra cosa, la muerte del hombre (Vattimo, 1994, p. 57). Se quiere liberar de los errores de la modernidad para ofrecerle un espectro más confuso, relativo y fragmentado. Liberarlo de las promesas no complicadas de la Ilustración y de aquéllas que lo petrificaron, para conducirlo hacia lo experiencial aleatorio, lo heterogéneo vivencial.

RECAPITULANDO

La crítica a la modernidad tiene que ser dirigida a los relatos o discursos que con pretensión de universalidad elaboró aquélla. De estos grandes relatos de la modernidad, hacemos referencia a: la idea de progreso, el poder omnímodo de la razón, la democracia como forma de vida, la subjetivación del cristianismo, el afán de lucro y la manipulación de la naturaleza por la técnica.

El siglo XVII se caracteriza por el intenso y rápido progreso de las ciencias de la naturaleza, en donde Bacon y Galileo destacan con fecundos métodos de investigación: la experimentación y el cálculo matemático. Este progreso, inmerso en un dominio del saber, llevó al hombre moderno a postular diversos apotegmas para todo el campo del saber y del obrar humano como principio incontrastable del progreso indefinido. Ya con el Renacimiento, en los siglos XVI-XVII, Dios deja de ser el centro de reflexión, sitio que ocupa en su lugar el hombre como sujeto. Es decir, el hombre es considerado creador de su propio mundo, cuyo espíritu y dignidad se revelan en las obras maestras.

Pero, ¿cuál es el instrumento que permite al hombre el acceso a ese ideal del progreso indefinido? Una facultad que le pertenece por derecho propio: la razón. Específicamente la razón calculadora y exacerbada por la ciencia matemática como órgano idóneo para el descubrimiento de las leyes que regulan la experiencia humana y constituyen la estructura racional del mundo. La atribución de un poder omnímodo a la razón por parte del hombre moderno, fue a partir de ese momento un hecho normal, natural y evidente.

La democracia como forma de vida es uno de los últimos relatos de la modernidad (Ortiz, 1994, p. 162). Comienza a constituirse en paradigma universal a partir del último cuarto del siglo XVIII y la Revolución francesa es su gran impulsora.

La subjetivación del cristianismo nace con el libre examen de los escritos impulsado por la reforma protestante del siglo XVI encabezada por Lutero y Calvino y se consolida con el primado del filósofo Descartes, para quien el descubrimiento de la verdad es obra personal de la razón que actúa y vive en cada individuo. El “pienso, luego existo” es la única verdad incuestionable a que arriba la razón cartesiana.

El otro gran movimiento gestado en el siglo XVII, junto al progreso de las ciencias de la naturaleza, es la formación de los Estados nacionales sobre la ruina del Estado feudal y la aparición de una nueva clase: la burguesía. Movidada, ya no por los ideales cristiano-caballerescos de la Edad Media, sino por el espíritu de lucro.

El último de los grandes discursos de la modernidad es la manipulación de la naturaleza por la técnica. Este relato quiere significar que la instrumentación práctica del poder omnímodo que se le otorgó a la razón, puede hacer con la naturaleza y con el hombre lo que quiera. Sosteniendo que la pauta moral está justificada por su propio progreso. Estos grandes relatos de la modernidad quebraron. No tanto por la crítica que les hicieron desde una óptica premoderna, sino por las consecuencias contradictorias a que los mismos arribaron. Así, el progreso indefinido de las ciencias

físico-naturales lo detuvo la quiebra de la física clásica por parte de Einstein, Planck y Heisenberg, entre otros, así como la falta de un acorde progreso moral, por no hablar mejor de retroceso, del hombre contemporáneo.

Ciertamente, la modernidad significa en la historia del pensamiento humano, una de las edades más fructíferas y creativas que el ser humano haya presenciado. Ella buscó la felicidad humana, quizás pensó que el mejor camino era la ciencia, la técnica, el desarrollo y el progreso. Corrió desaforadamente tras ellos. Creyó que así encontraría lo que había ofertado al hombre: su felicidad y sus riquezas. Pero lo más lamentable de la modernidad fue el costo a pagar, el doloroso valor de “esa felicidad”, de ese bienestar, de ese progreso: guerras mundiales, exclusión social, marcada pobreza afroamericana, reparto del mundo por parte de los bloques financieros, entre otras repercusiones.

No negamos los logros y alcances de las victorias modernistas, pero sí impugnamos el camino recorrido para llegar hasta ellos. Tampoco abogamos por una crítica férrea de la modernidad, de sus errores, fracasos y promesas no cumplidas, a partir de la deconstrucción que ofrece un mundo más fragmentado y relativizado. Se trata más bien, no de rescatar lo inconcluso de la modernidad, ni tampoco la superación de ella, sino lo omitido por el pensamiento ilustrado y ahora por el “posmoderno”. Estamos a favor de la utopía, de lo esencialmente humano: del proyecto del hombre. Pensamos que todavía hay tiempo para pensar y crear lo sublime, lo realista e interpersonal. Pretendemos la búsqueda de la ciencia al servicio de la humanidad, no lo contrario.

REFERENCIAS

- Campillo, A. (1985). *Adiós al progreso*. Barcelona: Anagrama.
Careaga, G. (1988). *El siglo desgarrado*. México: Cal y Arena.
Garin, E. et al. (1993). *El hombre del Renacimiento*. Madrid: Alianza.

- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Lyotard, J. F. (1984). *La condición posmoderna*. Barcelona: Cátedra.
- Miller, J. (1995). *La pasión de Michel Foucault*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Ortíz, R. (1994). *Mundialización y cultura*. Buenos Aires: Alianza.
- Serge, V. (1994). El drama de la conciencia moderna. En *La jornada semanal*. 259. México: La Jornada.
- Vattimo, G. (1994). *Entorno a la posmodernidad*. Barcelona: Anthropos.
- Villoro, L. (2010) *El pensamiento moderno*. México: FCE/El Colegio Nacional.